

# Capítulo I

## El periodo anterior a la escritura (1968-1978). Cuatro transiciones y una práctica vulgar

Este primer capítulo se refiere al período anterior a mi primera publicación, de ahí su título.

Hoy estoy convencido de que para el desarrollo de la profesionalidad docente es muy importante escribir acerca de lo que uno hace en la enseñanza, así como sobre los fundamentos, las dudas y hasta las carencias formativas que se tienen para ello. Pero no siempre he pensado así. Lo prueba el hecho de que, tras hacerme maestro, tardé una década en publicar algo significativo relacionado con mi profesión. Entonces no era yo el tipo de profesional por el que más tarde iba a trabajar con denodado empeño. Sin embargo, esto no ha de significar que ese largo periodo deba ser excluido de esta autobiografía porque no haya en él nada interesante para ella. Todo lo contrario, la experiencia de ser un profesor que no ordena sus ideas como tal hasta el nivel de la escritura me ha permitido conocer de primera mano lo que es una práctica profesional enteramente a merced de un pensamiento pedagógico excesivamente difuso, inconcreto y casi exclusivamente ideológico, entendido esto último en su acepción más pobre, es decir, como amalgama de ideas y sentimientos poco o nada sometidos a una crítica entre cuyos nutrientes figure en alguna medida el conocimiento académico.

Un largo silencio este que no es fácil de abordar porque, a falta de unas ideas pedagógicas explícitas de las que entonces hubiese dado cuenta por escrito, no me queda otro remedio que ponerme a especular sobre la base del recuerdo, a veces estimulado por algunos (muy pocos) documentos, acerca de quién era yo como maestro, qué hacía y por qué, durante este primer periodo de mi vida profesional como docente.

Fui un maestro del Plan 1950 que llegué a la escuela en 1968, con tan solo dieciocho años y en un periodo de mi vida sometido a importantes cambios personales que tenían lugar en el contexto de otros más generales. Todo el mundo sabe lo mucho que la sociedad española cambió económica, social y culturalmente en los años sesenta y setenta. Pues yo lo hice aún más y más deprisa. En mi personal “década prodigiosa” realicé por lo menos cuatro transiciones: me fui [del pueblo a la ciudad](#), pasé [de creyente a ateo](#), [de apolítico a militante](#) y [de mal a buen estudiante](#).

Cuando un docente no realiza un trabajo sistemático orientado a la construcción racional de la propia profesión y, por tanto, se dirige al aula con más pies que cabeza, como me ocurrió a mí en este periodo, entonces la vida profesional está absolutamente a merced de la personal. Por esa razón en este capítulo he de entrar en ella en mayor medida que lo haré en los siguientes. Tampoco viene mal hacerlo así, porque en lo que fueron mis primeros veintitantos años de existencia se encuentran las bases de lo que fui más adelante. No aborde, pues, este capítulo, estimado lector, como si pretendiera contarle mi vida, cuyo interés, como ya he dicho, no justificaría ni mi esfuerzo por escribirla ni el suyo por leerla. Insisto en que de lo que se trata es de ver cuál fue la teoría con la que un docente llevó a cabo su trabajo, y si, como realmente ocurrió, no hubo tal teoría explícitamente formulada, cuáles fueron entonces y cómo se forjaron los rasgos de la personalidad, el pensamiento, el carácter, la conciencia política y social que formaron el conglomerado que interactuó con lo que digo que fue [una práctica vulgar](#); calificada de este modo no con menosprecio sino en tanto que alejada del conocimiento que se requiere para someterla a crítica y fundamentarla hasta donde sea posible. Desde luego, así fue en lo que a mí respecta, pero estimo que algo muy similar le ocurrió a la mayoría de los docentes de mi generación. (pp. 31-32)